

Fuera Jerez
Trimestre. 6'75 ptas. Un mes . . . 2 ptas
Un año . . . 22'50

El Guadalete.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

(FUNDADO EN EL AÑO DE 1852)

Table with 5 columns: Station, M, M, T, T, N. Rows include Jerez to Sevilla, Jerez to Cádiz, etc.

AÑO XLIII

Jerez de la Frontera Lunes 9 de Agosto de 1897

Núm. 12.729.

El Guadalete.

MUERTE DE CÁNOVAS

Nada tan inesperado como la tristísima noticia llegada ayer tarde a esta ciudad, produciendo tanta sorpresa como indignación.

Decir esto nos dicta la conciencia, a nosotros que jamás fuimos partidarios del señor Cánovas, cuyos defectos de carácter nos lo hicieron siempre poco simpático.

Ahora, en el gran conflicto que pesa sobre España, desde que abandonó el poder el partido liberal, el Sr. Cánovas se ha conducido con admirable tacto sosteniendo con los Estados Unidos una conducta habilísima.

Si en detalles de su administración, si en sus complacencias con entidades llenas de impopularidad ha rebajado su altísimo prestigio como gobernante de grandes vuelos, bien puede explicar esas faltas la anarquía manosa de que habló el Sr. Pidal.

¿Qué va a pasar ahora, se preguntan las gentes? La opinión más general aquí, según anoche se oía en la generalidad de los círculos, es que será llamado el Sr. Sagasta, toda vez que el partido conservador quedará poco menos que disuelto con la muerte de su malogrado jefe, supuesto que no hay ninguno de los notables de ese partido que pueda sustituirlo.

Nosotros juzgamos que no hay otra solución al arduo problema que la entrada en el poder de los liberales, quienes presentan un programa que puede facilitar la pacificación de Cuba, toda vez que los elementos autonomistas de la gran Antilla, que ejercen influencia entre gran parte de los insurrectos, cooperen leal y briosamente para que estos depongan las armas.

Por lo demás, hay en el horrible suceso que hoy es objeto de preocupación en España, en Europa y en América, un punto de vista aterrador. El anarquismo, el abominable anarquismo, mantiene sus horribles propósitos con una resolución que pone espanto en el ánimo del más indiferente.

CONTESTACIÓN.

El Mensajero parece que rectificó su opinión respecto a la reforma que debiera hacerse en el servicio de la Higiene especial de esta localidad.

El estimado colega propone últimamente que haya más de un médico encargado en este servicio y que el Presidente de la Comisión de Beneficencia y Sanidad intervenga directamente en este particular.

Nosotros no hemos expuesto cuál fuera la organización más oportuna: eso se lo dejamos a las personas competentes, pero desde luego no nos hemos opuesto a que se hagan todos los gastos que se consideren precisos y acaso fuéramos más lejos de lo que pretende llegar el colega.

Siga, pues, el apreciable semanario exponiendo planes y denunciando cosas de mucho bulto, que nosotros, esté seguro, no hemos de replicarle.

RECUERDOS DE AYER.

(UNA EFEMÉRIDES DIARIA.)

ALMANZOR.

9 de Agosto de 1002.

Guerrero afortunado y valeroso, político prudente y de gran capacidad, hombre de verdadero genio como caudillo y como gobernante, grande y sabio en la guerra y en la paz, fué el famoso Almanzor la personalidad más gloriosa, el hombre más extraordinario del pueblo árabe en España.

Caminaba a grandes pasos el califato de Córdoba a la decadencia y la ruina, llevado por la torpeza de sus soberanos y empujado por los triunfos de los guerreros de la cruz. Después de la muerte del califa Alhaguen II hubiérase acentuado la decadencia vigorosamente, porque su sucesor Hixem II, niño entonces de pocos años, no reunía las condiciones necesarias para el gobierno del poderoso Estado.

Todos los años organizaba Almanzor dos correrías contra los pueblos cristianos: una en primavera y otra en otoño. Durante 25 años ejerció el supremo en poder el califato y en todo ese tiempo no faltaron las dos algaradas, siempre fecundas para los árabes.

En las otras estaciones del año, Almanzor se consagraba al gobierno del Estado, con tal tino y con tanta grande prudencia que la prosperidad del califato en el interior era tan grande como su poderío en las luchas exteriores. En premio de estas insignes obras del famoso caudillo el pueblo árabe adoraba al glorioso Almanzor y le seguía a todas partes con adhesión inquebrantable de idolatras. La idolatría del pue-

blo está perfectamente justificada en la historia, porque jamás alcanzó mayor poderío el imperio árabe como en el tiempo en que sostuvo las riendas del gobierno del Califato la poderosa mano del glorioso guerrero.

Mientras Almanzor se dedicaba con tan fecundos resultados a engrandecer a su pueblo en la guerra y en la paz, los príncipes cristianos perdían el tiempo y gastaban sus fuerzas en luchas intestinas. Cuando llegaba la época en que Almanzor realizaba con algaradas, los Estados cristianos, empobrecidos por sus luchas civiles, no se encontraban en condiciones de resistir.

Convencidos los príncipes cristianos de los funestos resultados que sus luchas intestinas producían, dieron paz a sus disputas y se unieron para combatir al común enemigo. Formaron la alianza el rey de León Alfonso V, el conde de Castilla y el rey de Navarra.

No están conformes los historiadores en la fecha de la batalla, y algunos niegan que tal hecho de armas ocurriera. Los apuntes históricos que tenemos a la vista fijan la fecha de la batalla en el día 9 de Agosto del año 1002, y en el mismo día fijan también la muerte del caudillo árabe.

Nosotros damos por cierta la memorable victoria, siguiendo la opinión más generalizada, y fijándola en el día 9 de Agosto de 1002 consagramos estos párrafos al glorioso triunfo y al famoso caudillo musulmán. La muerte del insigne Almanzor fué una pérdida irreparable para el califato y una gran fortuna para los príncipes cristianos.

Gracias a ella pudo continuar felizmente la sublime obra de la Reconquista que mantuvo a la patria durante ocho siglos en interminable lucha y en eterna zozobra.

COLABORACIÓN INÉDITA

EL MARIDO SONÁMBULO.

Nunca había llegado a tener ocasión a mano el infeliz sonámbulo D. Crispulo Vigilia, mediante la cual pudiese dar fundamento a las dudas que abrigaba respecto de la fidelidad conyugal de su mujer. Sólo tenía Don Crispulo sospechas, pero ¿quién, si de hombre serio se precisa fórmula, sin más ni más un anatema contra su esposa, basado solo en una ilusión, en un espejismo?...

que el mimado, que el consentido D. Crispulo, seguía con sus recelos acerca del honor de su mujer, sin rendir la bandera ante aquel vocabulario melifluido, lleno de azucita y canela?



—Es que como soy sonámbulo—decía,— toda esa charla de mi mujer puede ser la engañifa para hacerme entrar en la confianza, y mientras ella, aprovecha mis excursiones de dormido por la casa, para hacer entrar por la puerta a quien se le antoje.

Es cierto insistió en lo de las sospechas de D. Crispulo—que una noche, al hacer una excursión sonámbulesca por uno de los pasillos de su morada, le despertó de un empujón, un hombre que salía a todo escape de



la alcoba-dormitorio; pero ¿era bastante ese indicio, para fulminar el anatema y acusar a su mujer de traición? Quería obrar con conocimiento de causa el esposo, quería detalles más ciertos, quería... no se sabe qué quería el timorato D. Crispulo para lanzar la terrible acusación.

He dicho timorato y no retiro el calificativo, que por la oración que cada noche al acostarse, rezaba el desconfiado esposo, se verá si es razonable suponer que en su alma tenían el comediamento, la precaución y la templanza su albergue propio, y si estaba dispuesto a evitar cualquier contratiempo para que su corazón siguiera viviendo en el más risueño optimismo.

Al meterse ambos esposos en el lecho, mientras ella decía «Padre nuestro que estás en los cielos» etc. y «El pan nuestro... no nos dejes caer en la tentación etc.», él, sepultando la pronunciada frente en la almohada decía, sin que pudiera oírlo su mujer:

«Dios mío, que no lo sea, y si lo soy que no lo vea, y si lo veo que no lo crea!»

Venía, a poco, el sueño como una mariposa enlutada con alas de opio que rozaba las sienes del hombre, y en tanto que caía en las profundidades de la modorra, ella avisada y despierta, escurriéndose del lecho como una anguila, é iba con paso no sentido a una lejana habitación situada sobre el jardín; donde, al par que daba serenatas a la noche un ruiseñor, se las daba a ella al oído, y muy amorosas, un joven que trepaba hasta el balcón y penetraba en la estancia con los ademanes recelosos de quien va a gustar la fruta del cercado ajeno. Pero es el caso, que una noche, después de haber rezado Don Crispulo su prudente oración de

«Dios mío, que no lo sea, y si lo soy que no lo vea, y si lo veo que no lo crea!»

Y después de haber echado un corto sueño, el sonambulismo hizo presa en él, y, saliendo dormido de la cama, se dispuso a seguir el hilo que le ofrecía su propio ensueño. Y lo que soñaba era que su mujer tenía una cita con un hombre, que ese hombre había trepado al balcón desde el jardín, y que en aquel momento, tenía en brazos a su infiel Restituta, a la adúltera compañera de su vida, la cual dedicaba las frases más crueles a su esposo

«Metió los pies en las babuchas D Crispulo



lo con ese raciocinio aparente de los sonámbulos, se lió en un dos por tres en la bata, y saliendo de la alcoba, echó por un pasillo

adelante sin encender luz alguna, sin tropezar con la clarividencia que poseen esa clase de enfermos que viven una vida ficticia y extraña.

Por el camino, a medida que dirijase a la habitación donde suponía hallar a su esposa en brazos de otro hombre, repetía sin articular palabra pero con movimiento de los labios:

«Dios mío, que no lo sea, y si lo soy que no lo vea, y si lo veo que no lo crea!»

Llegó a la puerta donde se cometa la deslealtad, y las hojas, al empuje del dormido cedieron sin resistir un instante.

Con los dedos a modo de tentáculos, palpó, tocó, registró el sonámbulo todos los rincones de la estancia; pero la pareja amorosa se evadía en silencio de la persecución del marido auxiliada por la escasa luz de luna que entraba del jardín.

Por fin el guardador de su decoro, en una vuelta repentina, tocó y agarró el brazo de su mujer, la cual dió un grito de terror.

Vuelto del ensueño con el ruido, D. Crispulo quedose pálido, petrificado; era cierta su sospecha; su esposa se hallaba cerca de un hombre que temblaba de emoción.



«¡Luego lo soy!»—Se atrevió a decir, mal despierto el engañado esposo—«Luego lo veo!» insistió después de una pausa, midiendo con la conciencia lo grave del suceso.

Y añadió acobardado por mil contrarias ideas: «¿Debo creerlo, lo creeré?...»

«No creas en lo que figen los sueños, esposo, esposo mío; ¿dudas de mí? ¿piensas que te fató?»

«¿Quién es ese hombre?» responde.

«¿Qué hombre dices?»

«Tu estás soñando; vuelve en tí, despierta. Y como el galán prepara como una sombra el balcón dejándose caer al jardín.

«¿Que se escapa, eh, detento, detento!»

«¡Pero qué hombre, ni qué demonio!» grito con heroica decisión la esposa.

Y zamarreándole por ambos brazos, añadió:

«Aquí no hay más hombre que este maldito sonámbulo ¡mira!»

Alargó la mano hacia un ángulo, y empujando un grueso bulto, vió el consternado D. Crispulo que caía al suelo una larga percha—pedestal donde había colgado un traje suyo

«¿Te convences, celoso, te convences?»

«¡Ay, qué peso me has quitado de encima



¡mjer!» [Pues no pensé que había huido un hombre por el balcón]

«No ha huido nadie por él, y como entraba fresco en nuestra alcoba, me he levantado para venir a cerrarlo.

«¡Ay, qué peso me has quitado de encima!»—seguía diciendo, mientras volvían al dormitorio, el atribulado D. Crispulo, y repetía sin conciencia y como un monomaniaco su estribillo:

«Dios mío, que no lo sea, y si lo soy que no lo vea, y si lo veo que no lo crea...»

SALVADOR RUEDA.

INVENTO CURIOSO

El dibujo por telegrafo.

Leemos en los periódicos norteamericanos que el eminente electricista Edison anuncia que en breve dará a conocer un aparato de su invención, que permite reproducir con facilidad y por medio de hilos conductores ordinarios, dibujos que serán transmitidos a una distancia de cien millas y con una velocidad igual a la obtenida para la trasmisión de los despachos telegráficos.

Al hacer la explicación, no considera rigurosamente como de invención suya el aparato, sino que le califica como una aplicación del antiguo sistema telegráfico de Caselli, y se propone popularizarlo, vendiendo el aparato a bajo precio a cuantas personas lo necesiten. Su utilidad según dice Edison, será grande, especialmente para los editores de periódicos y para los fa-

